

# GLOSAS

ACADEMIA NORTEAMERICANA  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA



*Director:* Gerardo Piña-Rosales

*Comisión de Traducciones*

Presidente: D. Joaquín Segura

*Vocales, por orden de antigüedad de nombramiento:*

D. Emilio Bernal Labrada, D. Antonio Culebras, D.<sup>a</sup> Leticia Molinero, D. Francis D. Gómez, D. Mordecai Rubín, D.<sup>a</sup> Beatriz Varela, D. José Manuel Gómez y Méndez, D.<sup>a</sup> Estelle Irizarry, D. Wenceslao Carlos Lozano, D. David J. Deferrari, D.<sup>a</sup> Rima de Vallbona, D.<sup>a</sup> Silvia Faitelson-Weiser, D. Ubaldo Di Benedetto, D. Carlos Abad, D. Fernando A. Navarro, D. Tomás Rodríguez-Pantoja, D. Raúl Miranda Rico, D. Domingo Prieto, D. Francisco Marcos Marín, D. Eugenio Chang-Rodríguez, D. José Luis Sierra-Ponce de León, D. Antonio Garrido Moraga, D. Joaquín Badajoz, D. Juan Manuel Pascual, D. Daniel Fernández, D. Gerardo Piña-Rosales, D. Nicolás Toscano, D. Rolando Hinojosa-Smith, D.<sup>a</sup> Domnita Dumitrescu

**Volumen 7, Número 9**

**Enero de 2012**

Redacción: J. Segura, 35142 Carnation Lane, Fort Mill, S. C. , Teléf. 803-547-0515  
Correo electrónico: [jbsegura3@gmail.com](mailto:jbsegura3@gmail.com)

**[www. anle. us](http://www.anle.us)**

## La traducción y su misión de defender el idioma español

Emilio Bernal Labrada

*Academia Norteamericana de la Lengua Española*

**E**s apodíctico que nuestra lengua, secular legado que nos corresponde indeclinablemente conservar y superar para futuras generaciones, nos exige la más acendrada consagración a su integridad y su pureza. Su adulteración, en cambio, desdice y distorsiona y, a la larga, redundará en lamentables perjuicios a la comunidad hispanohablante de Norteamérica, en particular, así como, en general, a la totalidad del mundo hispánico.

Es claro que por la penuria de la inacción que hoy padecemos ante los acontecimientos lingüísticos, nos es difícil impedir que arraiguen en la lengua los entuertos de la mala traducción que hoy la aquejan. Por eso precisamos una acción más enérgica que prevea y se anticipe a los efectos de una gran lengua que nos acoge y nos cobija —pero que, lamentablemente y sin quererlo, también nos absorbe— a fin de evitar que su injerencia adúltere y subvierta la vital esencia de la nuestra. Así le haremos un favor no solo a nuestra stirpe, sino también a la del resto de este gran pueblo norteamericano que, compartiendo generosamente con nosotros, nos recibe en su casa.

Ello nos lo piden el espíritu, la progenie, la hidalguía lingüística que nuestros antepasados nos han transmitido honrada y honrosamente a partir del primigenio hontanar del habla castiza en la meseta de Castilla hace ya más de un milenio. Consta ello en las Glosas Emilianenses conservadas en el monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja), así como en las Glosas Silenses, originarias del monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos).

He ahí el planteamiento teórico, y por así decirlo, retórico. Vamos ahora al terreno pragmático. Es en él donde entra en juego el traductor. De más está decir que estamos precisados de buenas traducciones, de mejores versiones españolas de textos, artículos, novelas, poesías, cine y teatro.

Desde el punto de vista de sus principios técnicos, la traducción consiste en una serie de operaciones que abarcan una gama diversa y amplísima. Aunque desde un ángulo sencillo, elemental, la unidad idiomática es la palabra, todos sabemos que la unidad semántica es, las más de las veces, sintagmática, pluriverbal. Es, fundamentalmente, el eterno problema de la polisemia, que no se resuelve sino a base de contexto.

Por ejemplo, si se nos pide que traduzcamos la palabra *man*, por sí sola, podríamos dar múltiples equivalentes, todos ellos correctos: hombre, varón, ser humano, raza humana, humanidad, esposo o marido, sirviente, o hasta pieza de ajedrez.

Supongamos que se desea precisar el significado de la voz ‘entrada’, aisladamente de todo contexto. Puede tratarse de un lugar físico: “La entrada está por el costado del edificio”. O de un derecho: “Todos los socios tendrán entrada al salón”. O de un objeto: “Las entradas se entregan en la taquilla”. O de un momento del día: “Entrada la tarde, llegó”.

Por consiguiente, decir que la traducción consiste en transvasar vocablos de un idioma a otro no sería tanto una perogrullada como un garrafal error. La traducción consiste en la traslación de conceptos, ideas, pensamientos, según lo han analizado pormenorizadamente, mucho mejor que nosotros, doctos investigadores y acuciosos eruditos de la categoría de José Ortega y Gasset. En su célebre ensayo *Miseria y esplendor de la traducción*, planteó el gran escritor y filósofo la posibilidad de que “la faena de traducir [sea] una operación utópica y un propósito imposible”.<sup>1</sup>

Por desgracia, muy pocos tienen en cuenta ese aserto, pues es lo consabido que hoy, como en la época de Cervantes, cualquiera, por poco que sepa de idiomas y de lingüística, se proclama traductor.

Por su parte, ya en nuestros días, el académico don Valentín García Yebra (q. e. p. d.) dilucidó el tema acertada y ampliamente en sus libros *Teoría y práctica de la traducción* y *En torno a la traducción*.<sup>2</sup> En este último, al hablar del propósito de sus obras, sentencia García Yebra que “ser traductor significa ejercer el noble oficio de comunicar entre sí a hombres separados por barreras lingüísticas total o parcialmente infranqueables”.

Lamentablemente, como lo subraya con acierto el escritor Dominique Aury en su prefacio a la obra del lingüista francés Georges Mounin, *Los problemas teóricos de la traducción*, “En el ejército de los escritores, los traductores [son] la infantería, el [elemento] casi anónimo”.<sup>3</sup>

Pero hablábamos de la traducción de unidades semánticas, comenzando por vocablos. Si diéramos un paso adelante, yendo de la palabra a la frase, veríamos que tampoco es posible, sino muy rara vez, traducir al pie de la letra. Buscar en la lengua terminal (LT) equivalencias de frases —y sobre todo de frases hechas— concebidas en la lengua originaria (LO), es algo más que verter el contenido semántico elemental de las voces que la integran, puesto que este nada tiene que ver, muchas veces, con el significado del conjunto. Para verificarlo bastaría intentar la versión, palabra por palabra, de frases como ‘a pie juntillas’, ‘a la ocasión la pintan calva’, ‘tener malas pulgas’, ‘tomar el pelo’, ‘hacer de tripas corazón’, ‘a santo de qué’, ‘genio y figura hasta la sepultura’, etc.

Afortunadamente, hace ya siglos que los que toman en serio su profesión, vieron la imposibilidad de hacer una buena traducción limitándose a verter vocablos. Posteriormente se comprobó que tampoco es viable hacerlo debidamente con la traslación de frases, ni aun de párrafos enteros. Hoy, se ha llegado al convencimiento de que hay que abarcar la totalidad del discurso, como bien lo ha expresado el profesor Jean Delisle, de la Universidad de Ottawa, en una de sus obras: “El análisis del discurso, que recae en el ámbito de la retórica, trasciende el análisis de la lengua, que recae en el ámbito de la lingüística”.<sup>4</sup> Es más, hay que examinar aspectos de diversa índole, como la clase de escrito que sea —si es informativo, inspirador, descriptivo, ameno, poético, literario, humorístico, instructivo, etc.—, así como a quién va dirigido — si a estudiantes o a eruditos, a párvulos o a adultos, a nacionales o a extranjeros, a adversarios o a adeptos.

Ha sido apenas en los últimos decenios cuando la traducción se ha analizado y sistematizado, sobre todo desde el punto de vista lingüístico. Así, entre los múltiples recursos de que echa mano el traductor proficiente —incluso el que se ha formado empíricamente y sin conocer la teoría y la terminología técnica— figuran: la transposición, la modulación, la equivalencia, la adaptación, la explicitación, la amplificación, la omisión y la compensación.

A modo de ilustración, dado lo ceñido de este artículo, vamos a examinar solo un par de estos procedimientos, pues holgado sería aquí explicitar toda la serie de operaciones traductológicas.

En breve, podemos decir que la transposición consiste en invertir el orden del enunciado. Tratándose de la combinación de idiomas que más nos incumbe —inglés a español—, ello da por resultado un reordenamiento que se ilustra con el siguiente ejemplo: *The boy swam across the river*. La versión *El niño nadó a través del río* sería comprensible pero desacertada, puesto que lo normal en nuestra lengua sería expresarlo así: *El niño atravesó el río a nado*. El propósito de la transposición, pues, es conseguir que la expresión sea lo más natural posible, que refleje la forma de expresión de la LT.

La modulación, por su parte, es la piedra angular de la traducción por cuanto supone una modificación estilística. Como lo han observado algunos lingüistas, entre ellos los franco-canadienses Jean-Paul Vinay y Jean Darbelnet,<sup>5</sup> la lengua inglesa funciona netamente en el plano de la realidad. Pudiera decirse que viene a ser como un engranaje sincrónico de lo real y concreto, pues toda descripción de una acción se suele atener mecánica y cronológicamente a su desarrollo físico y material. El español, al igual que el francés y otras lenguas romances, funciona en el plano intelectual; en vez de retratar la realidad tal cual es con ‘palabras imágenes’, la denota de manera abstracta.

A diferencia del inglés, deja mucho al entendimiento del receptor del mensaje. Por ejemplo, en tanto que el inglés diría *the bird flew into the room*, el español se limitaría a decir que *el pájaro entró en la habitación*, dando por supuesto que entró volando y explicitando solo la excepción, es decir, si el pájaro hubiera entrado andando. Otro caso bien claro se observa al nombrarse las grandes ciudades del mundo: el inglés dice ‘Paris, France’ —a nosotros nos basta con ‘París’—. Una vez más, solo explicitamos la excepción, es decir, si *no* se trata de una urbe famosa y por lo demás inconfundible con otra de igual nombre, pero de importancia no parangonable.

La visión de la realidad de que está imbuido el inglés queda de manifiesto, por ejemplo, en enunciados que relatan los acontecimientos en orden cronológico, con lo que relegan a último lugar el resultado final, por muy imponente que sea. No es nada raro, por ejemplo, leer en la prensa noticias redactadas de la siguiente manera: *The drunk driver lost control of his car, which bounced off a truck and slid into a school bus, injuring several children*. El español, en cambio, se interesa primero y prioritariamente por las consecuencias, dejando los detalles para después. Así, lo más natural sería decir: *Varios niños se lesionaron cuando un conductor ebrio perdió la dirección de su automóvil y chocó de rebote con un autobús escolar*.

Hay cierta categoría de error de modulación que, no obstante la buena calidad de sus traducciones, aparece con inusitada frecuencia en una famosa revista internacional. Se trata de sintagmas del género de *most of us, the rest of us, some of us, etc.*, que no se pueden traducir sin modularlos, así como así. Tales modismos son un reflejo del genio de la lengua inglesa, muy distinto al de la nuestra, y no se prestan a la traducción directa. Más bien, deben traducirse *con nosotros, nos*, o con un simple enclítico. Por ejemplo, la frase *most\_of us were not in agreement* no se traduciría *la mayoría de nosotros . . .*, sino simplemente *la mayoría no estábamos de acuerdo*.

Detalle interesante de los escollos de la traducción al español es el de la brevedad del inglés. Pero cada lengua tiene su modalidad de concisión. La del español se manifiesta más en el diálogo y en el relato. Se suele olvidar que la lengua de Cervantes tiene muchísimos recursos de sintetismo que están ausentes en

la de Shakespeare. Por ejemplo, entre los verbos ingleses brillan por su ausencia las terminaciones que en español señalan el modo, el tiempo, la persona y el número. Ello obliga al inglés a usar verbos auxiliares y repetir los pronombres. Para traducir la frase *they would travel*, pongamos por caso, al español le basta con una palabra: *viajarían*. Llega ello al extremo de que podemos condensar toda una oración en un solo vocablo: ‘precisémoslo’, ‘esperábanlo’, ‘entregáronse’, ‘veamos’, ‘celebradlo’, ‘despidámonos’.

Lamentablemente, los traductores improvisados suelen olvidar este recurso, al punto de traducir innecesariamente los pronombres que el inglés tiene por fuerza que incluir en su fraseología debido justo a que sus verbos carecen de terminaciones. Por ejemplo, *they shouted* se traduciría mal con *ellos gritaron*, pues bastaría *gritaron*, y *we waited for her* no sería *nosotros esperábamos por ella*, sino *la esperábamos*. Un anuncio de una prestigiosa empresa dice ‘Pregunte por él [un folleto]’ —calco de *Ask for*—, en lugar de *Pídalo*. Análogamente, se traducen sin necesidad los verbos auxiliares *can*, *may*, *will* y *shall*. Por ejemplo, *Mario may surprise me, if he dares* no se ha de traducir *Mario puede sorprenderme, si se atreve*, sino *Mario me sorprendería, si se atreviese*, y *María will work, if she is able* no sería *María va a trabajar* (lo cual podría interpretarse en el sentido de que va a su lugar de trabajo) si es capaz, sino *María trabajará, si puede*.

Volviendo a la modulación, puede decirse que es el procedimiento *sine qua non* tratándose de modismos, refranes, aforismos y proverbios y, en fin, del lenguaje figurado. Como ya lo indicábamos, no es dable traducir las frases de esta índole al pie de la letra.

He ahí el gran escollo con que tropieza la traducción electrónica o por computadora (mal llamada ‘mecánica’). Hasta ahora los programas de informática no son capaces de captar las figuras de lenguaje, el humor, la ironía, el amor, la pena, el dolor, el afecto, la buena o la mala voluntad, las alusiones, las ilusiones, en fin, toda la gama de sentimientos humanos que pueden despertarse con cada vocablo o cada frase, con el tono, cadencia o compás de la expresión, con el ordenamiento de las ideas o con la concatenación de conceptos, amén de aspectos más sutiles que pueden aparecer en la poesía o aún en la prosa, como la aliteración, el ritmo y la rima.

Como lo ha señalado certeramente Danica Seleskovitch, profesora de la Universidad de París y Subdirectora de su Escuela Superior de Interpretación y Traducción, “De esa necesidad [de traducir] surgen numerosas teorías lingüísticas que, rebasando los límites de la traducción electrónica, plantean al traductor humano modelos que para nada tienen en cuenta los conocimientos extralingüísticos que este necesariamente pone en juego en la ejecución de su tarea”.<sup>6</sup>

El lenguaje figurado es extensísimo y está presente en todos los niveles idiomáticos, desde la creación literaria hasta el habla vulgar y vernácula. Y es justamente el más empleado en la publicidad, que exige gran poder de síntesis, a la vez que vigor y dinamismo para infundirle mayor impacto al mensaje. Por eso suele fracasar la traducción publicitaria cuando se atiende al sentido literal y no al espíritu, al estado de ánimo que se le quiere transmitir al receptor del mensaje para convencerlo de que adopte cierto comportamiento o actitud.

En efecto, la traducción publicitaria, al igual que, paradójicamente, la literaria y poética —a la cual nos vamos a referir— se coloca en un plano muy aparte, donde tiene que haber necesariamente mayor libertad de interpretación, con búsqueda de paralelismos entre juegos de palabras, con grandes vuelos de la imaginación, más bien que simples equivalencias de diccionario bilingüe.

Acaso se le escape, al que no haya ponderado detenidamente la cuestión, el problema que plantean las malas traducciones publicitarias, por la poquísima influencia que produce su constante martilleo en la conciencia individual y colectiva. Los anuncios publicitarios que diariamente se difunden por los omnipresentes medios de información tienen gran preponderancia entre el conglomerado global de los mensajes y modalidades de comunicación. En tanto que las frases claves de una sola noticia mal traducida o redactada pueden durar algunos días o semanas en el primer plano de la actualidad, un solo lema publicitario —pese a estar mal concebido o reñido con el genio de la lengua —puede repetirse múltiples veces al día, todos los días del año, y a la grupa de los lustros arraigar su pernicioso influencia en la lengua.

En materia de la traducción noticiosa, aunque menos repetitiva que los lemas publicitarios, su nocivo impacto en la colectividad lingüística es de carácter más vario y sutil, pero no menos dañino a la sintaxis y al espíritu de la lengua. Muchos yerros, al incorporarse en temas perdurables, permanecen vigentes y llegan a perpetuarse.

Las noticias de Somalia y Etiopía, por ejemplo, dieron lugar a que algunos periodistas acuñasen el equívoco término geográfico ‘Horno’ o ‘Cuerno’ de África, copiando la denominación inglesa *Horn of Africa*, seguramente por analogía con el Cabo de Hornos, toponímico que tuvo su origen, siglos atrás, en un error de traducción. El nombre inglés *Cape Horn* es versión simplificada de *Hoorn*, nombre que le dio al accidente geográfico, en honor del pueblito donde nació, el explorador holandés Willem Cornelis Schouten al doblar el cabo por primera vez. Claro está que a un cartógrafo se le ocurrió transliterar el nombre, que así vino a parar en el absurdo de *Hornos*. Basta que una noticia de impacto mundial se traduzca mal inicialmente para que los medios informativos lo acepten como antecedente válido y lo copien indiscriminadamente.

Ello sucedió con el ‘transbordador espacial’, que se debió haber llamado ‘nave orbital’ o, si se quiere, ‘orbinave’. Que se trata de una traducción directa y equívoca de *space shuttle* queda clarísimo si consideramos que, en rigor, no es un vehículo espacial, sino apenas orbital, y que su primordial misión no es hacer transbordos, sino realizar experimentos e investigaciones, colocar satélites en órbita, recuperarlos, etc.\*

Pero no hagamos hincapié únicamente en los yerros. También hay aciertos, aunque parezcan pocos. Por ejemplo, tenemos que felicitar a la prensa en lengua española de Estados Unidos por su acierto al haber vertido correctamente el concepto de *homeless* con la voz *desamparados*, evitando la versión fácil y literal con frases descriptivas del tenor de ‘los sin hogar’, ‘los sin techo’, etc. \* \*

Pero por cada acierto, ¿cuántos desaciertos habrá que contar? He ahí el dilema: cómo atajar o rectificar estos delitos lingüísticos; cómo ayudar en este empeño al que necesita apoyo; cómo incluso hacerle saber a ese menesteroso, *a dónde puede acudir*. Ni la Academia Norteamericana, ni siquiera las veintidós academias del mundo hispánico, todas juntas, disponen de los recursos, personal y tiempo para hacerse cargo de tan ingente misión. Pero, eso sí, cada academia puede hacer un aporte de mucho peso a este empeño, pues el apoyo de una institución de semejante prestigio y autoridad no puede menos que infundirle gran impulso a una causa de naturaleza y envergadura tales, por no decir de tal nobleza.

En consonancia con este criterio, aprovechamos esta solemne ocasión para insistir (como lo hemos hecho desde que se inició nuestra honrosa relación con la Academia Norteamericana), insistir, repito, en la urgencia, primero, de instar a la comunidad hispanohablante de Estados Unidos a esmerarse en las traducciones y en la selección de profesionales en la materia, y segundo, en la impostergable necesidad de agilizar la creación de neologismos para atajar así la infiltración y arraigo de voces extrañas y en muchísimos casos totalmente antiespañolas desde los puntos de vista prosódico, ortográfico y morfológico.

Me refiero a voces como, por ejemplo, la que (modestia aparte) hemos propuesto en la materia objeto de este escrito. Se trata de ‘traductología’, que reemplaza la frase que viene a ser su definición: ‘ciencia y arte de la traducción’.

Ello ilustra el aserto de que, si brindamos voces de nueva creación bien formadas, que tengan fuerza expresiva y se atengan al espíritu del idioma, estas echarán raíces y formarán de por sí una sólida barrera contra la usurpación por parte de vocablos tomados en préstamo de lenguas ajenas, falsa moneda que corrompe y corroe la fluidez y elegancia de expresión de la lengua, no menos que su pureza y casticidad.

Pero, si se optara por aceptar términos que no hacen falta ni se ajustan a nuestras normas —como *software* y *hardware*— en vez de *equipos* y *programas* (invirtiendo el orden) se vulneraría esa cualidad tan especial de nuestra lengua y se erosionaría su crédito de idioma mundial de inconfundible identidad plasmada en sus tradicionales cánones de rigurosa fidelidad prosódico-ortográfica.

Los profesionales de la traducción tienen la gran responsabilidad de rescatar a la lengua española de los peligros que la acechan. Desafortunadamente, hoy por hoy, la profesión aún no está totalmente delimitada y reglamentada, por lo que es posible que la ejerzan muchos que se proclamen o consideren capacitados para hacerlo, desde el bisoño bilingüe sin más preparación, al oficinista, al científico que conoce muy bien su especialidad, pero nada de lingüística.

Apena que no haya manera cabal ni metódica de reglamentar omnicomprendivamente la actividad traductora. Empero, sí se puede establecer algún orden, algún patrón. Se pueden fijar normas y lineamientos para que las traducciones escritas, que son las que perduran y sirven de paradigmáticos exponentes, estén al nivel que corresponda.

Ahora, analicemos unos instantes la traducción en su nivel más cimero: la versión poética. Así lo han afirmado muchos, entre ellos los citados lingüistas franco-canadienses, Vinay y Darbelnet, en su excelente obra analítica de la traducción anglo-francesa —que se aplica en grado sumo a la anglo-española—, *Stylistique comparée du français et de l’anglais*.<sup>7</sup> Empezando por el plano inferior, por el ‘argot’, o jerga, los niveles de lengua ascienden al vernáculo o popular, al nivel del idioma escrito más o menos culto, al literario, y por último al de la lengua poética, cuyas dificultades vamos a comentar brevemente.

En el plano poético se observan las mismas deficiencias y fallos de interpretación de que adolecen muchos otros niveles de lengua, aunque afortunadamente no hacen tanto daño como la infinita repetición de un lema publicitario anglicista. Se destaca el caso de la prolífica obra del bardo norteamericano Walt Whitman, cuyas versiones en lengua española han sufrido desde un principio serias deficiencias. Así, ya han pasado a consagrarse en el acervo literario castellano, nada menos que como título de uno de sus poemas más conocidos —*Song of Myself*—, frases tan antipoéticas como “Canto de mí mismo”. En vez

de herir cacofónicamente el oído la repetición de la letra ‘m’ con la infortunada frase ‘mí mismo’, podría lograrse una equivalencia mucho más armónica (como ya lo hemos comentado en otras ocasiones<sup>8</sup>) con “Canto a mí ser”. Es palmario que el autor no se refería ególatramente a sí mismo, sino a algo más amplio y abarcador que su sola personalidad individual, es decir, al ser humano, como síntesis y símbolo de la humanidad en general.

Otro punto sencillo pero muy decidor es que el *you* utilizado por Whitman en sus poemas no es, en términos generales, el singular, sino el plural. Porque los versos de Whitman no iban dirigidos a una sola persona, sino a todos, a la colectividad, a la grey humana. Es más, muchas veces corresponde traducirlo con ‘vos’ o ‘vosotros’, a fin de impartirle al verso solemnidad y elegancia.

En abono del esfuerzo hecho por los traductores de Whitman cabe decir que tenían pocos antecedentes que consultar. Expliquémonos. Como tantos hombres de letras, Alfonso Reyes también fue traductor, y —como el superlativo helenista del siglo XX— nada menos que de la *Ilíada*. Siempre franco, no ocultó que había consultado muchas otras versiones en el curso de su labor. Haciendo gala de su proverbial modestia, declaró: “No leo la lengua de Homero; la descifro apenas”.<sup>9</sup>

En el caso de la *Ilíada*, o de cualquier obra de semejante antigüedad, no es indispensable conocer a la perfección la lengua originaria, pues pueden consultarse versiones anteriores, aparte de autoridades y diccionarios bilingües y unilingües. Ese proceder no solo es lícito y válido, sino imperativo. Los traductores de Whitman, en cambio, no han contado con esta ventajosa decantación secular al ejecutar su labor.

Volvamos, para finalizar, al nivel de las noticias y la publicidad. Si la versión al español de la creación poética —que, por definición, debe encerrar mayor corrección, precisión y pulcritud—, puede estar plagada de tantas trampas, tantos desatinos y despropósitos, ¿qué puede esperarse de las traducciones que cotidianamente y por doquier se hacen al nivel más *prosaico* —y no lo decimos únicamente por tratarse de prosa— de las noticias y la publicidad?

Asombra ver que hasta las más grandes empresas multinacionales dan traspies al intentar hacer versiones castellanas de expresiones, consignas y lemas publicitarios concebidos originariamente en inglés. A veces son meros detalles que desentonan y desafinan, y a veces son errores garrafales. Otras veces, dichosamente, son tan disparatados que vienen a ser lo que se ha dado en llamar ‘chistes bilingües’.

Es de sobra conocido el empleo, por iletrados, de falsos amigos como “vacunar” por “aspirar”, ‘carpetá’ por alfombra y ‘mopa’ por ‘bayeta’. Pero mucho más dañino, por la inconsciencia de su reiteración, es el uso por la prensa de voces como ‘acta’ por ‘ley’, ‘hacer un compromiso’ por ‘transigir’ y ‘alocar recursos’ por asignarlos. Luego figuran anuncios como el de abogados que afirman poder conseguirles a sus clientes ‘compensación por daños personales’ (en lugar de ‘indemnización por lesiones’), y el colmo: una agencia de mudanzas que pregunta en un anuncio televisivo: “¿Tiene usted que moverse?” Huelgan más comentarios.

Cabe advertir que las traducciones de documentos internos de organismos internacionales, empresas privadas e instituciones, por poco satisfactorias que sean, tienen escaso potencial dañino debido a su exigua distribución y, seamos francos, escasa lectura. En cambio, es incalculable el daño producido día a día por las deficientes versiones de los noticiarios y anuncios publicitarios.



Es triste, pero lo cierto es que no hay árbitros, no hay autoridades, no hay reglas ni normas, ni siquiera hay valores morales que valgan para quien ande en busca de un traductor. El traductor hace la versión como le viene en gana. O bien el usuario encomienda la traducción a terceros, sin tener la menor idea de la calidad del producto que le entregan. Si tiene suerte, puede ser buena, o no muy mala. Pero, claro, puede ser pésima y el usuario puede no darse cuenta o, peor aun, no importarle. ¿Quién se hace responsable de los entuertos que así se engendran, con los consiguientes perjuicios para el condominio lingüístico que constituye nuestro entorno cultural, nuestro medio vital de comunicación e interacción humana? *Nadie*. Nadie se hace responsable. Ahora bien, el planteamiento de importancia superlativa es: ¿a quién se puede *responsabilizar*?

Básica y fundamentalmente, a todos los que intervienen en el proceso. Al que manda hacer la traducción sin esmerarse ni preocuparse por seleccionar debidamente al traductor, al que ‘cumple’ el cometido sin saber lo que hace, al que la recibe y la acepta sin discernir la buena de la mala calidad, y al que la difunde insensata e indiscriminadamente sin parar mientes en el daño que le hace a su empresa, a sí mismo y, lo que es peor, a la colectividad lingüística, al idioma en sí.

De más estaría decir que no se puede atajar a todo el que así procede. Sería tarea ingente e imposible. Pero, no sería exagerado pedir que se pusiera un mínimo de cuidado, un mínimo de prudencia, aunque fuera solo en aras del interés propio del usuario, por no decir el interés de la comunidad hispanohablante.

*Respetar el idioma* debería tener la fuerza moral equivalente a respetar a la madre. En fin de cuentas, por algo se la llama ‘lengua materna’. Ese respeto que debe inspirarnos nuestra lengua materna debiera infundirnos el deseo de protegerla, de tratarla con el amor y el cariño que se merece, de evitarle todo maltrato, injuria y ultraje. Porque es, muy de veras, nuestra madre espiritual. Debe motivarnos a tratarla con la reverencia que se merece para resguardarla de las torturas, los empujones y chapucerías, descuidos y desatenciones que ponen en peligro su integridad y su futuro.

Una cosa es el solecismo cometido por un iletrado, que en su inocente desconocimiento no es capaz de discernir la incorrección gramatical, y otra bien distinta la mala traducción hecha o encargada por quien sí domina la lengua medianamente bien, pero no se toma ni el interés ni la pequeña molestia de verificar la calidad del trabajo.

Las malas traducciones representan uno de los problemas más antiguos de la humanidad. Ya desde la clásica Torre de Babel experimentaba el hombre los tropiezos de la deficiencia en materia de traslación lingüística. Es más, la propia Biblia adolecía, y sigue adoleciendo (aunque no vamos a ahondar en tan espinoso terreno) de defectos de traducción. Dejando a un lado la hermenéutica de la teología, digamos sencillamente que la gran antigüedad de sus versiones originales en lenguas como el arameo ha dado lugar a la mala interpretación de muchos pasajes. En esto han ahondado ampliamente investigadores como Valentín García Yebra en un capítulo de su ya citado libro, y Eugene Nida y Charles Taber, cuya obra, *The Theory and Practice of Translation*,<sup>10</sup> es uno de los textos más interesantes y reveladores que se han escrito en los últimos tiempos sobre el tema de la traducción, así como de la aplicación de sus principios modernos a la correcta versión de los sagrados evangelios.

Como caso curioso, cabe recordar al respecto el hecho de que en Roma hay una escultura de Moisés en cuya cabeza aparecen, extrañamente, un par de cuernos. La explicación, según la recordamos de

memoria, radica en que alguien, siglos atrás, confundió la voz aramea que significa ‘luz’ —pues Moisés, al ser iluminado por Dios, recibía rayos divinos en la cabeza— con una muy parecida, que significa “cornamenta”. Al malentenderse así, los rayos que iluminaban a Moisés se transformaron en extrañas protuberancias en la frente del pobre profeta, creando así lo que pudiera calificarse de primer ‘monumento’ a un error de traducción.

Para concluir, una anécdota. Una prestigiosa revista internacional, y de gran prestigio, por más señas, solía intercalar entre sus páginas unas cartulinas con la leyenda ‘Forma de orden’, logrando así la hazaña de cometer dos errores en solo tres palabras, pues ni se trataba de una ‘forma’ ni tampoco era precisamente una ‘orden’. Hará cosa de un par de años, al descubrir la pifia, enviamos a la redacción una nota sugiriendo cortésmente que rectificaran, cosa que tuvieron el mérito de aceptar con mínima tardanza, y hoy esos insertos dicen, correctamente, ‘Tarjeta de pedido’. Ojalá respondieran así todos los interpelados.

En conclusión, queridos lectores, les interpelo —o mejor aun, les imploro— a que actúen dinámicamente en defensa de nuestra lengua, nacida en la meseta castellana mil años ha, y transformada hoy en árbol de hondas raíces y firme tronco cuyas ramas hoy se extienden por el orbe, configurando la gran familia hispánica de naciones que se identifican con la hermosa bandera de su común idioma. Ese idioma que nos ha dado el fruto opimo y pródigo de nuestra cultura, la cultura universal del español de hoy, que será el redivivo y prestante español de mañana si sabemos conservarlo y cultivarlo como condueños comprometidos con su sempiterna supervivencia.

#### **Comentarios de la Redacción:**

*\*No estamos de acuerdo con el autor sobre eso de que no deba decirse transbordador espacial, cuando es precisamente eso: va al espacio extraterrestre y vuelve: de la Tierra a la Luna, y de ésta a la Tierra a (uno de estos días a Marte, etc. , etc. )*

*\*\*Nos parece que se puede estar desamparado y tener vivienda propia. Aquí homeless se refiere precisamente al que no tiene vivienda donde cobijarse. Tal vez convendría recalcar esa circunstancia y decir los desamparados y sin vivienda.*

#### **NOTAS**

<sup>1</sup> José Ortega y Gasset. *Miseria y esplendor de la traducción. Obras Completas*, tomo V. Madrid: Revista de Occidente, 1951. 452.

<sup>2</sup> Valentín García Yebra. *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid: Editorial Gredos, 1980; *En torno a la traducción*. Madrid: Editorial Gredos, 1983.

<sup>3</sup> Georges Mounin. *Los problemas teóricos de la traducción* (versión española de Julio Lago Alonso). Madrid: Editorial Gredos, 1971. 7.

<sup>4</sup> Jean Delisle. *L'analyse du discours comme méthode de traduction*. Ottawa: Editions de l'Université d'Ottawa, 1980. (La traducción al español de la frase citada es del autor del presente artículo).

<sup>5</sup> Jean-Paul Vinay et Jean Darbelnet. *Stylistique comparée du français et de l'anglais*. Montréal: Beauchemin, 1977.

<sup>6</sup> Seleskovitch, Danica. *Langage, langues et mémoire*. Paris: F. Paillard, 1975.

<sup>7</sup> Vinay et Darbelnet. *Stylistique comparée du français et de l'anglais*.

<sup>8</sup> Emilio Bernal Labrada. “El idioma de Whitman: su traducción”. *Revista Interamericana de Bibliografía*, OEA, Washington, D. C. 21. 1 (1971).

<sup>9</sup> Citado por Carlos A. Ronchi March. “Alfonso Reyes, traductor de Homero”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. 54. 213-214 (1991): 471.

<sup>10</sup> Eugene A. Nida y Charles R. Taber. *The Theory and Practice of Translation*. Leiden: E. J. Brill, 1969.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Betanzos Palacios, Odón. “La Academia Norteamericana de la Lengua Española”. *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española* 4-5 (1979-80): 31-34.
- Casares, Julio. *Cosas del lenguaje*. Madrid: Espasa-Calpe, 1961.
- Criado de Val, M. *Fisonomía del idioma español*. Madrid: Aguilar, 1957.
- Chomsky, Noam. *Lingüística cartesiana* [versión española de Enrique Wulff]. Madrid: Editorial Gredos, 1969.
- Delisle, Jean. *L'analyse du discours comme méthode de traduction*. Ottawa: Editions de l'Université d'Ottawa, 1980.
- García Yebra, Valentín. *Teoría y práctica de la traducción*. Madrid: Editorial Gredos, 1980.
- . *En torno a la traducción*. Madrid: Editorial Gredos, 1983.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Estudios de lingüística*. Madrid: Espasa-Calpe, 1961.
- Montes Giraldo, José Joaquín. “Calcos recientes del inglés en el español”. *Thesaurus. Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. 40 1 (1985): 17-50.
- Mounin, Georges. *Los problemas teóricos de la traducción* [versión española de Julio Lago Alonso]. Madrid: Editorial Gredos, 1971.
- Nida, Eugene A. y Charles R. Taber. *The Theory and Practice of Translation*. Leiden: E. J. Brill, 1969.
- Ortega y Gasset, José. “Miseria y esplendor de la traducción”. *Obras Completas*, tomo V. Madrid: Revista de Occidente, 1951.
- Ronchi March, Carlos A. “Alfonso Reyes, traductor de Homero”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. 54. 213-214 (1991): 465-478.
- Seleskovitch, Danica. *Langage, langues et mémoire*. París: F. Paillard, 1975.
- Vinay, Jean-Paul y Darbelnet, Jean. *Stylistique comparée du français et de l'anglais*. Montréal: Beauchemin, 1977.



Emilio Bernal Labrada  
[emiliolabrada@msn.com](mailto:emiliolabrada@msn.com)

*HABLANDO BIEN SE ENTIENDE LA GENTE.*

*CONSEJOS DE LA ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA PARA MEJORAR SU ESPAÑOL.* Gerardo Piña-Rosales, Jorge J. Covarrubias, Joaquín Segura, Daniel Fernández, Eds. Miami: Santillana USA, 2009, 188 pp.

**E**ste libro es una de las últimas expresiones de ese quehacer, tan activo en los últimos años de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE), la cual ha colaborado, como una de las veintidós otras Academias del idioma español, en la preparación del Diccionario, la Ortografía y la Gramática de la Lengua y otras obras “destinadas a la orientación de los más de 400 millones de hispanohablantes en el mundo”. Con la presente obra, los académicos-editores parecen haberse tomado un descanso del riguroso trabajo de las otras que acabo de mencionar: en un tono coloquial, distendido y hasta humorístico se dirigen al lector de “a pie” de este país con consejos para mejorar su español, tan asediado, y expuesto a todo tipo de contaminaciones, por el inglés, el idioma dominante.

Con la frase-clave de que “la lengua es la llave que nos ayuda a abrir el mundo y a comunicarnos con él” como cifra de la “Presentación”, el libro está dividido en seis secciones. A tono con el propósito de desvestir sus consejos de solemnidad académica y de ofrecernos una guía “fácil y divertida”, los títulos de las secciones, cuyo interior aparece ilustrado por simpáticos dibujos o caricaturas, encarnan tal deseo: “Las apariencias engañan (No se fíe de los falsos amigos)”; “Las cosas claras y el chocolate espeso”; “A nadie le viene mal aprender a conjugar verbos como el verbo amar”; “¡Aplique bien las reglas de la gramática (esa señora tan antipática)!”; “¡Escríballo y pronúncielo bien! (algunas aclaraciones ortográficas y fonéticas)”; “Conozca su idioma. Algunos detalles más sobre la lengua española”.

Hay una marcada desproporción entre la extensión y el alcance de las distintas secciones. La primera, que abarca de la página 5 a la 102, ocupa casi la misma que las otras cinco restantes. En cierto sentido esto es explicable pues trata del mayor escollo idiomático que enfrentamos: el de los “falsos amigos” o cognados, entre ambos idiomas; empezado por aquello de que *carpet* no es carpeta, sino *alfombra*, se nos da una larga lista de cientos de ellos, de gran utilidad, aunque también, e irónicamente, los ejemplos negativos se podrían tomar como todo un diccionario del *Spanglish*. Por la lista, también notamos la reciente tolerancia y la apertura a aceptar ciertos anglicismos por parte de las Academias del idioma. Por ejemplo se aceptan o se van a aceptar en el *Diccionario de la Real Academia Española (DRAE)*, vocablos como: *baipás*, de *bypass*, *blog*, en lugar de ciberbitácora, *clic*, *frízer* (¿y por qué no *carpeta*, se preguntarán los defensores del *Spanglish*?), *zapeo*, por *zapping*, y otros más.

En “Las cosas claras”, se sigue con lo mismo pero llevado a frases o malos usos, ya confinados a nuestro propio idioma como aquello de “subir para arriba y bajar para abajo”. La sección “A nadie le viene mal aprender a conjugar el verbo amar”, aunque breve —once páginas—, nos aclara equívocos sobre el uso de los verbos irregulares, géneros, usos y malos usos de las preposiciones, posición de los adjetivos, etc. El de “Aplíquense bien las reglas de la gramática”, contrario a lo que indica el título es, en gran parte como una continuación del anterior: deshacer equívocos, aunque, ahora, más gramaticales que de léxico.

Quizá por no hacerlo aburrido, encontramos una omisión que hubiera enriquecido el libro: una introducción a cada una de las sesiones, con explicaciones práctico-teóricas de lo que tratan. Sí se avanza en esta dirección en los dos últimos apartados, breves pero sustanciosos.

Hechas estas pequeñas salvedades personales, es de loar el esfuerzo de los editores por darnos una guía de amenos y muy necesarios consejos lingüísticos. El libro, aleccionador y de entretenida lectura es de mucha utilidad para quienes navegamos todos los días entre el Escila y Caribdis de los dos idiomas y los otros escollos de “barbarismos” en nuestro diario bregar con la lengua española.

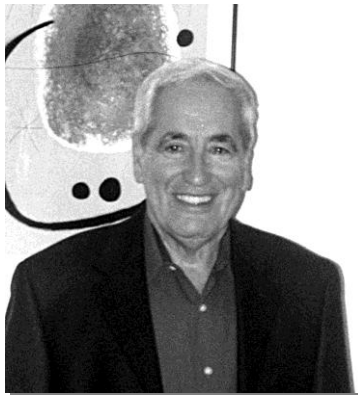
**Víctor Fuentes**

*Universidad de California, Santa Bárbara & ANLE*

**Nota de la Redacción**

*Si desean adquirir este libro, pónganse en contacto con Deyanira Navarrete: (800) 245-8584, ext. 225  
[dnavarrete@santillanausa.com](mailto:dnavarrete@santillanausa.com)*

*Los autores preparan un segundo volumen de cápsulas idiomáticas, que publicará Santillana USA el próximo otoño.*



Víctor Fuentes

[fuentes@spanport.ucsb.edu](mailto:fuentes@spanport.ucsb.edu)



*La ANLE, una de las 22 academias de la lengua española en tres continentes, es una corporación sin fines de lucro, fundada en 1973, cuya misión es apoyar, difundir y fomentar el uso correcto de la lengua española en los Estados Unidos. Ha sido reconocida oficialmente por GobiernoUSA como máxima autoridad en materia del idioma español en este país.*





